

## Las odas patrióticas de Horacio

Por J. M. Restrepo Millán

El patriotismo de Horacio se manifiesta de dos maneras. La menos frecuente, la exaltación orgullosa de las glorias romanas, predomina en sus últimos poemas. La otra, más espontánea, se encuentra desde los primeros tiempos de las epodas hasta las postrimerías del libro III de las odas. El espectáculo de la corrupción política y moral de sus conciudadanos indigna al poeta y le arranca violentas invectivas o graves llamamientos a la cordura y a las antiguas virtudes.

Desde hacía casi medio siglo las legiones tenían olvidados los caminos del mundo, que ellas mismas abrieran a la expansión del espíritu y de la mente latina; ahora no conocían más rutas que las marcadas por la planta audaz, ambiciosa, parricida de los caudillos, derecho al corazón de Roma. Las guerras civiles habían suspendido la fecunda carrera imperialista que le descubrieron a Roma sus victorias sobre Cartago, y peor que eso, habían torcido las armas conquistadoras contra los senos nutricios de la que surgió en el mundo para madre de naciones. Si fuesen ojalá las disensiones de los tiempos de Menenio Agripa o aun de los Gracos, querría decir que Roma estaba dando el sér, con grandes dolores, a principios fundamentales de su libertad republicana. Pero esto era lo contrario. Eran guerras de exterminio de romanos contra romanos, seguidas de proscripciones, degollamientos, pillaje, en suma, los más atroces excesos, únicamente para establecer en el Capitolio, por encima del Senado y de la majestad consular a algún amo superior a toda ley, excepto a la de sus pasiones. Las fomentaba la codicia que crecía sin tasa entre los hombres públicos desde el mal ejemplo de Escipión Africano (1), y la ambición irregular de poder sembrada en los más esforzados pechos por el éxito que coronó fugazmente la insolencia de Mario. El ejército ya no era la fuerza de Roma, sustentada por los ciudadanos; se había convertido en la fuerza de los tiranos de Roma, sustentada por promesas de robos y placeres a costa de los pro-

prios ciudadanos. La confusión era tanto más aterradora cuanto que entre los agitadores de los odios civiles, compradores de valor militar, se barajaban los nombres más infames con los más gloriosos de la historia contemporánea, lo más oscuros con los más ilustres: Mario, Sila, Catilina, Julio César, Pompeyo, Bruto, Marco Antonio, Octavio, Sexto Pompeyo, y con ellos se juntaban los de enemigos extranjeros: Juba, Cleopatra, los Dacios. Nadie estaba libre de culpa; a nadie se le podía creer limpieza o desinterés de propósitos. Y el cáncer crecía, alimentándose de sí mismo, porque no siendo las dignidades de la república para el más virtuoso sino para el más atrevido y el que mayores tropas supiese seducir con larguezas de bienes y de molicie, la prístina austeridad ya no tenía razón de ser, y la Juventud rodaba por un abismo de degradación (1).

Horacio, en la efervescencia juvenil, se dejó llevar del turbión por un momento, en defensa de lo que llamarían "la legalidad," cuando Bruto lo encontró en Atenas y logró enrolarlo en sus filas con el cargo de tribuno de los soldados (2). Tuvo la fortuna de fracasar en la primera salida, la batalla de Filipos, donde abandonó tristemente el escudo y huyó (3). Salvado de la locura, pudo y supo después mirar con criterio superior el delito de los que persistían en destrozarse con esas inacabables luchas y rebatiñas de apetitos la gran patria romana.

*quam neque finítimí valuerunt perdere Marsí,  
mínacis aut Etrusca Porsenae manus,  
aemula nec virtus Campuae, nec Spartacus acer,  
novisque rebus infidelis Allobrox,  
nec fera caerulea domuit Germania pube,  
parentibusque abominatus Hannibal.*

(Epod., XVI, 3|8)

Cual la sombra reaparecida de un prócer de los antiguos tiempos, apostrofa a los romanos:

*Quo, quo scelestí ruitís. . . ?*

(Epod., VII, 1)

increpándoles tanta sangre latina derramada en mar y tierra, no como antes para destruir a los enemigos de Roma, o some-

(1) V. Vell. Pat. Hist., II, I.

(1) V. Sallust., *Catíl.*, X y siguientes.

(2) *Sat.*, I, VI, 48.

(3) *Carm.*, II, VII, 9|12.



terlos a su imperio, sino para cumplir precisamente los votos de esos enemigos, que ansiaban que Roma pereciese por su propia mano, ebria de saña fratricida, peor que de fieras; y los culpables

Tacent et ora palior albus inficit,  
mentesque percussae stupent.

(Ibid., 15|6)

O en momentos en que

Altera jam teritur bellis civilibus aetas,  
suis et ipsa Roma viribus ruit,

(Epod., XVI. 1|2)

invita a los pocos buenos que queden, a buscar a ejemplo de los Foceos, nueva patria,

quoquumque per undas  
Notus vocabit, aut protervus Africus

(Ibid. 21|2) (1).

La misma grave inquietud preside la oda XIV del libro I, pero ya el poeta no increpa con tanta vehemencia a sus conciudadanos. Aquí guarda su término medio característico. En tono pausado y melancólico bajo el velo de la alegoría pide a la nave de la república que se aferre, *fortiter*, al puerto y no se aventure por el oleaje de nuevas contiendas (2), tan maltrecha como está por las tormentas pasadas. Aquí no se oye un solo grito de indignación. Todo el poema transparenta la fatiga, *sollitum taedium*, del patriota impotente para detener el torbellino de sangre.

El vaticano de Nereo (3) también es, a su manera, un desahogo de intranquilidad patriótica. Por más que no corresponda la alusión en todos los pormenores, bien pudo el vate reves-

(1) Parece que la epoda XVI fue compuesta cuando ardía la guerra de Perugia, por los años 41 o 40 a. J.; la VII quizá fue inspirada por los amagos de la segunda guerra de Sexto Pompeyo, en el 38, fresca todavía la paz de Miseno, en la que el cabecilla había obtenido las islas del Mediterráneo.

(2) Posiblemente la última guerra de Sexto Pompeyo, o la guerra entre Octavio y Marco Antonio decidida en Accio.

(3) *Carm.*, I. XV.

tir con la reminiscencia legendaria el anuncio de las desgracias que aparejaba a su patria el romano Marco Antonio, hechizado por la extranjera belleza de Cleopatra. Será sugestión o capricho, pero desde que empiezo con los primeros versos de esta agitada poesía:

Pastor cum traheret per freta navibus  
Idaeis Helenen. . . .

yo cierro los ojos, y lo que veo es las suntuosas galeras egipcias y a los renombrados amantes enloquecidos por los placeres, prólogo ni más ni menos, de lo que hubiera sido la destrucción de Roma, peor de humillante y de dañosa para el mundo, que la de Troya, si no se salva en Accio el imperio latino.

Ya después, asentada la paz civil en toda la redondez del imperio, cesaron naturalmente las preocupaciones de Horacio, pero le quedó el recuerdo. Ahí está en la oda II del libro I, llena de la cólera celeste por esas armas fratricidas cuando hubieran debido estar exterminando al único enemigo importante de la patria (1); en la invocación a la Fortuna (2) para que favorezca las proyectadas expediciones de Augusto a las fronteras, y con ellas repare el valor romano los crímenes cometidos contra sí mismo; ahí está en la VI del libro III, entre las desgracias causadas a la república por la irreligión y la depravación de las costumbres (3); ahí está sobre todo en la oda a Polión (4), que sería perfecta si terminara en estas robustas estrofas:

Quis non Latino sanguine pinguior  
campus sepulcris impia proelia  
testatur auditumque Medis

Hesperiae sonitum ruinae?  
Qui gurgis aut quae flumina lugubris  
ignara belli? Quod mare Dauniae  
non decoloravere caedes?  
quae caret ora cruore nostro?

(Versos 29|36).

(1) Versos 21|24.

(2) *Carm.*, I, XXXV.

(3) Versos 13|16.

(4) *Carm.*, II, I.—



Es como un espectro que de tiempo en tiempo viniese a espantar al poeta.

Entre tanto, su musa patriótica principió a modular hacia la otra tonalidad. Las glorias de Roma, renacientes al impulso de la mano poderosa y la clara inteligencia de Augusto, comenzaron a tocar la mente del vate. Sin embargo, ya conocemos la reluctancia con que cedía a esta inspiración. De todos modos, una que otra vez se dejó llevar, sin salirse de su tono medio, y hasta reduciéndolo en alguna ocasión a notas harto disipadas o familiares (1). A la batalla de Accio dedicó la epoda IX y la oda XXXVII del libro I. Ambas pertenecen al género de celebrar la victoria con libaciones y fiestas domésticas. A la pregunta de la primera:

Quando repostum Caecubum ad festas dapés,  
victore lactus Caesare,  
tecum sub alta (sic Joví gratum) domo,  
beate Maccenas, bíbam,  
sonante mixtum tibiís carmen Iyra,  
hac Dorium, illís barbarum?

(Epod., IX, 1|7).

parece contestar la segunda:

Nunc est bibendum, nunc pede líbero  
pulsanda tellús: nuc Salíaribus  
ornare pulvínar deorum  
tempus erat dapibus, sodales.

(Carm., I, XXXVII 1|4.)

Esta segunda tiene de interesante, después de tanto execrar las ambiciones de Cleopatra, el hidalgo tributo a su ánimo indomable, más valeroso para darse muerte, *non humilis mulier*, que para formar en el triunfo de su vencedor.

Pero la obra maestra de poesía patriótica en este período in-

(1) Carm., III, XIV, en cuyas dos estrofas finales, para completar su fiesta en celebración de Augusto, que regresaba victorioso de España, manda a un esclavo por la cortesana Neera, advirtiéndole: "Si el portero te demora mucho, vuélvete; ahora que estoy viejo me conformo; otra cosa habría sido en mi juventud."

deciso, son las relampagueantes estrofas suscitadas por la historia de Roma y las victorias de Augusto sobre los bárbaros orientales, en una de las pocas cumbres líricas del poeta, la oda XII del libro I (1), donde la grandeza romana sólo es segunda a la majestad misma de los dioses.

Años después, vino, por encargo especial de Augusto, el *Carmen Saeculare*, al cual ya me referí, y luégo la gran serie de las odas II, IV, V, XIV, y XV del Libro IV.

La primera, claro que sin habérselo propuesto el autor, sirve como de prólogo. Midiendo la distancia que lo separa de Pindaro, vacila Horacio en acometer asuntos de tal magnitud; mas con todo lo que se declara pequeño y de producción laboriosa, traza un rasgo, aunque breve, entusiasta y brillante, de las últimas glorias imperiales, en las mismas frases en que las cede al canto de otro poeta *maiore plectro*; promete agregar su voz, si algo ha de decir digno de oírse, a las aclamaciones de la multitud en el triunfo del César; y termina con la ofrenda que inmolará a los dioses en acción de gracias. Queriendo excusarse de emprender la obra, en realidad le compuso una bella introducción.

Me gusta el arte, si no es casualidad, de la simetría que guardan las otras cuatro, alternativamente loores de la guerra y de la paz.

La IV y la XIV celebran el sometimiento de numerosos pueblos extranjeros por Druso y por Tiberio, bajo los auspicios, la dirección y la influencia de Augusto. De nuevo marcha Roma por las rutas de sus destinos, y ante su nombre doblan la cerviz desde los más poderosos rivales, hasta los reyezuelos que una vez se atrevieron a desafiarlo creyéndolo agotado por las disensiones internas. No lo dice así directamente el poeta, pero mejor que eso, lo sugiere con vigor, poniendo en paralelo las hazañas contemporáneas con las históricas, y dando en las exclamaciones de Aníbal vencido, la voz más impresionante que hubiera podido encontrar, al elogio de la prepotencia latina y al estímulo para proseguir con denuedo en el ambicioso programa que Júpiter mira propicio (2). Los más generosos corazones se envilecen cuando decaen las costumbres, pero ahora la grandeza de Roma se asienta otra vez sobre una juventud templada en el ejercicio de sus virtudes hereditarias (3)

(1) Versos 33 y siguientes.

(2) IV, 37 y siguientes.

(3) Ibid., 25|36.



Y todo fue que, aplastada la última cabeza de la hidra de la guerra civil, volviese a ocurrir que una capital extranjera, Alejandría, abrió sus puertas a las águilas vencedoras, para que de ese día en adelante llevaran ellas la victoria a todas las fronteras del imperio (1).

Las odas V y XV son himnos al engrandecimiento de la nación por los trabajos de la paz, la extirpación de los odios, la tranquilidad para el desarrollo del comercio y la agricultura, la buena fe social, la restauración de las costumbres, la justicia, la seguridad exterior, la sana felicidad de la vida en una patria protegida y creciente. Todo ello descrito en versos tan plásticos, por su misma brevedad, como éstos:

Tutus bos etenim rura perambulat,  
nutrit rura Ceres almaque Faustitas,  
pacatum volitant per mare navitae,  
culpari metuit fides,  
nullis polluitur casta domus stupris,  
mos et lex maculosum edomuit nefas,  
laudantur simili prole puerperae,  
culpam poena premit comes.

(V. 17|24).

¡Qué prodigio de condensación! Cada verso pinta todo un estado de prosperidad y orden social, o expone una reforma entera de costumbres. Ese buey recorriendo a largos pasos los potreros, es un cuadro que no se borra nunca de la memoria, como símbolo perfecto de tranquila seguridad. El verso sobre las madres gira sobre sí mismo al impulso de su significado, que va y vuelve de un extremo a otro del pensamiento como un circuito eléctrico: ellas merecen alabanza por la calidad de sus hijos, que la merecen por parecerse a ellas. Y el cuarto verso de la primera estrofa transcrita: *culpari metuit fides*, la fe, la lealtad, la honradez son tan firmes entre los ciudadanos que no admiten ni la sombra de una sospecha; jamás produjo la lengua latina, en su potente apretamiento, una frase de tanto contenido en forma tan estricta y tan golpeante; las palabras trepidan como si fuesen a estallar a la presión de las ideas.

¿Figurarían estos temas de paz entre los propuestos a Horacio por los amigos que le reclamaban poesías en honor de

(1) XIV, 34 y siguientes.

Augusto? Yo deseo creer que no, y que fue pura iniciativa del poeta haberlos ideado para sus dos cantos más nobles y más solemnes al resurgimiento de Roma. Sin embargo, el emperador sí atribuía grande importancia a sus medidas organizativas, y quiso que en el *Carmen Saeculare* obtuviesen mención adecuada junto a las demás alabanzas y paces en honor de su gobierno. Pero también es lógico pensar que los intermediarios, más impresionables por los hechos de armas, como es la generalidad de las gentes, olvidasen las posibles recomendaciones de Augusto sobre sus empresas pacíficas. A lo menos Horacio en las excusas que hemos visto que le opone, no deja ver que le hayan hablado sino de asuntos militares. Su genio, más amigo de lo apacible y lo sereno que de lo tumultuoso, podía muy bien estar predispuesto, sin necesidad de indicación ajena, a concebir la idea de completar sus loores a la grandeza patria, dando el puesto final y supremo a su afianzamiento con obras constructivas de paz y civilización,

per quas Latium nomen et Italae  
crevere vires famaue et imperi  
porrecta majestas ad ortus  
solis ab Hesperio cubili

(XV, 13|16).

Ese espontáneo movimiento del numen horaciano en busca preferente de tal inspiración, es lo que me complace entreleer en la primera estrofa de la oda XV.

Naturalmente, en las laudes de los grandes hechos tenían que injertarse las de quien los ejecutaba, o los dirigía, o los inspiraba. Los hechos no se producen solos, y según sean, su gloria o su ignominia, envuelve sin remedio a sus ejecutores. Druso y Tiberio, por sus proezas bélicas, reciben el homenaje del poeta en estrofas que resuenan como clarines. Al primero lo ve venir el enemigo como a un aguilucho en sus primeros vuelos, precipitándose sobre los rebaños, o a luchar con serpientes, o como a un leonzuelo saltando sobre su presa (1). Al segundo, hay que contemplarlo en la pelea, a caballo en medio del furor de los combatientes, barriendo las tropas enemigas como un vendaval o como un río desbordado (2). Pero la mente directriz de todo es Augusto; él fue quien formó a en-

(1) *Carm.*, IV, IV 1|18.

(2) *Ibid.*, XIV, 17|32.

trambos héroes (1); de él provienen los buenos auspicios, las fuerzas, el plan, el favor de los dioses (2). Y además sus obras directas en guerra y gobierno son tantas y han dado tal lustre a Roma, que los dioses no han hecho al mundo presente mejor que ese hombre, ni se lo harán aunque se repita la edad de oro (3). Y pues a él le debe Roma todo cuanto le ha devuelto y redoblado su prístino esplendor (4), pongamos su espíritu entre los dioses Lares; ojalá se prolongue largo tiempo el dicho reinado (5) del príncipe más grande que conocen las tierras habitables (6).

Por estas alabanzas, y por otras del mismo estilo, algunas de ellas francas divinizaciones del emperador, pronunciadas en distintas épocas (7), la crítica superficial le hace a Horacio el cargo de poeta cortesano y adulador. Las apariencias podrían justificarla, si ellas fueran la norma. Pero para aceptarlo en serio es preciso ser impermeable a las ideas y a las circunstancias de la época.

A las ideas, desde luego, porque en aquella mitología antropomórfica, la distancia entre la divinidad y el hombre era muy corta. Los dioses no se diferenciaban de las criaturas humanas sino en la inmortalidad actual, y en un grado mayor de poder, que tampoco llegaba a lo infinito, pues hartó que se limitaban ellos entre sí. De resto, los dioses eran puros hombres, sujetos por parejo a la fuerza superior del Destino, y dotados de la misma sensibilidad, de iguales pasiones, de idénticos apetitos, de necesidades semejantes, de análogas modalidades anímicas. Entre los dioses jugaban las ambiciones, las envidias, los amores, los artificios, los golpes de astucia, los triunfos, las

(1) *Carm.*, IV, 22|36.

(2) *Ibid.*, 9, 16, 33|34.

(3) *Carm.*, IV, II, 37|40.

(4) *Carm.*; IV, II, IV, V, XIV, XV *passim*.

(5) *Ibid.*, V, 33|40. También *Carm.*, I, II, 45|49.

(6) *Ibid.*, XIV, 5|6.

(7) *Epod.*, IX 23|26. Augusto, vencedor en Accio, superó a Mario, vencedor de Yugurta, y a Escipión vencedor de Cartago. — *Carm.*, I, II, 41 y siguientes, Augusto, encarnación de Mercurio reine largos años para felicidad del pueblo romano. — *Ibid.*, XII, 49 y siguientes, entre las grandes figuras de la leyenda y de la historia, Júpiter vela especialmente sobre Augusto y reina con él de segundo. — *Carm.*, III, III, 11|12 y V., 2|4, Augusto se sienta y libra entre los dioses. — *Ibid.*, XXV, 3|6, embriagado ensalzaré a Augusto hasta los astros y hasta el concilio de Júpiter.

derrotas, tal como en cualquier sociedad humana. Las rivalidades de Juno y Venus ponen en dificultades a Júpiter, nada menos que para determinar el curso de la historia. Y lo mejor es que ese juego llegaba a complicar a hombres con dioses. En la guerra de Troya las simpatías divinas se reparten entre los dos beligerantes, y en el Olimpo se disputa por griegos y troyanos, como disputaban en la guerra europea germanófilos y francófilos. Más de una vez se enamoró un mortal de un inmortal y la unión dio frutos: Eneas era hijo de Venus y Anquises; la nobleza romana rastrea sus orígenes a los amores de Marte con Rea Silvia. Y luego ¿no bajaban los dioses a la tierra, como quien dice de asuetos, a divertirse entre los hombres con malas pasadas, bien ordinarias y hasta soeces por cierto? Ahí está, por ejemplo, lo que pone Plauto en la escena de su *Amphytrio*.

Con dioses así, tan parientes nuestros, tan de confianza, ¿qué es lo que escandaliza a los críticos cuando Horacio encarna a Mercurio en Augusto, o hace del príncipe un nuevo convidado a la mesa de la ambrosía? Es tan pequeño el salto de la tierra al cielo pagano, que a lo sumo llega a las proporciones de una figura retórica. Además, fue el Senado el que mandó incluir al emperador entre las divinidades tutelares; Horacio se limita a seguir la corriente. Y en últimas, Augusto tenía derecho sanguíneo: ¿no pertenecía pues a la familia Julia, descendiente de Iulo, nieto de Venus?

Pero aun dejando que la divinización de Augusto no fuese un recurso literario tan trivial para entonces, y viendo que Horacio le dispensa otras lisonjas de mayor peso, las circunstancias de la hora política creo que las explican de sobra. Basta considerar lo que era la vida en Roma antes de Accio, y lo que fue después de Accio. Primero, todo era zozobra, agitación, inseguridad interior, combates, amenazas exteriores, despojos, incendios, asesinatos, en una palabra, el caos. Después sobrevino una transformación fundamental e inmediata: después vino casi de repente el orden, la paz, el tranquilo desarrollo de las actividades sociales, el freno a la licencia, la moderación, el punto final al caudillaje, el respeto del extranjero, un vasto sosiego en el alma colectiva, la vida normal, próspera y gustosa de vivirse. Y vino todo junto por la acción enérgica e inteligente de un solo hombre. ¿No merecía ese hombre la mayor gratitud de que fuera capaz su pueblo?

Es verdad que los hombres providenciales constituyen un gran peligro para las repúblicas. Mayor lo constituyen los hombres no providenciales que pretenden serlo, y los descuartizan en el altar de su ambición, como era el caso de todos esos

cabecillas que fueron cayendo uno tras otro, hasta el último en Accio. Además, peores que el hecho mismo y las consecuencias del hombre providencial, son las causas que lo suscitan. El, en realidad, no es más que el signo de un estado político de por sí alarmante; lo de veras triste y peligroso es que el pueblo se haya dañado tanto que lo haga necesario, o siquiera oportuno; cuando él aparece en una sociedad perturbada, y su acción resulta eficaz, lo que hay es que el mismo fermento social lo produce, como a una especie de anticuerpo que retarde y quizás evite la completa descomposición; es que la república ya no existe, o está agonizando; y cuántas veces ese remedio heroico no ha sido la resurrección de lo poco que quedaba. Roma se había hundido en ese estado; su sentencia estaba dictada, pero se hubiera cumplido mucho más pronto, de no haberle infundido Augusto un soplo de nueva vida sana. Ya en un extremo así, lo menos malo es rodear al hombre providencial, aprovecharlo, sostenerlo en el buen camino, vigilarlo por supuesto, pero ayudarlo, estimularlo, contribuir a encauzar sus esfuerzos para el verdadero bien general. La honrada, la patriótica, la altiva, la valerosa oposición puede ser todo eso, pero es errada y contraproducente. Si a Julio César no le corta la vida y la labor que parecía estar comenzando a desenvolverse, sabe Dios cuánta sangre, cuánta angustia, cuánta pérdida, cuánto dolor se hubiera economizado Roma.

Ojalá se hubiesen encontrado en Roma hombres capaces de rodear a Augusto de personalidades afirmativas, y vigilarlo con prudencia, y cooperar positivamente en su intenso y comprensivo empeño de restauración, y sucederlo luego republicanamente. Ojalá hubiese tenido el emperador con quienes repartir las iniciativas, las responsabilidades, y los honores de ese programa tan vasto, tan exigente y tan apremiante, y no verse obligado a reunir en sus manos toda la suma del poder. Pero no los tuvo; el mismo mal que se trataba de corregir había agotado la semilla; y el hecho queda que Augusto hubo de ser el único autor de su obra. ¿Que lo fue a costa de las antiguas libertades republicanas? No es cierto. En la práctica, ellas habían perecido hacía mucho; la única libertad que quedaba era la de seducir legiones, o si no, improvisar ejércitos de esclavos y canalla de toda especie (1) para teñir el mundo de sangre romana. Los órganos democráticos ya no actuaban; ni el momento estaba para discutir sobre principios de gobierno; lo urgente era poder vivir, siquiera convalecer.

(1) De eso se componía, entre otros, el ejército de Sexto Pompeyo.

En cambio sí es cierto que Augusto gobernó no sólo con sabiduría, sino con magnanimidad; a lo menos en su primera época, que fue la que conoció Horacio; no ejerció represalias, de su clemencia no fue Cinna el único vivo testimonio (1), nunca ofendió por ruda la energía de sus leyes, y si la voz del pueblo no pudo hacerse oír, o no tuvo qué decir, él la suplió con la alteza de su patriotismo; en fin que los timonazos salvadores los dio con mano firme y resuelta, pero suave y amable. Años después de su muerte, Tácito, el modelo de historiador serio, independiente, justo, ilustrado, consigna cómo los hombres prudentes reconocían "que para la discordia de la patria no hubo otro remedio que el gobierno de uno solo, y con todo, la república no se reorganizó bajo tiranía ni dictadura, sino bajo un mero nombre de príncipe; los límites del imperio fueron el océano o ríos apartados; legiones, provincias, flotas, todo fue unificado; reinó la justicia entre los ciudadanos y la sumisión entre los aliados; la ciudad se embelleció magníficamente; las pocas veces que se apeló a la violencia fue en bien de la tranquilidad pública" (2).

En semejantes circunstancias, nada tan natural como desear larga duración a ese reinado de alivio y de ventura, y ver magnificada la victoria sobre el enemigo interno y el externo combinados en infame connubio, y tener por el mejor beneficio de los dioses y por el príncipe más grande de la tierra conocida al que llevaba a cabo todo aquello. ¿Acaso existía a la sazón en algún país otro que pudiera igualársele? Desciendan los críticos a la nuda realidad de los hechos, y verán que las expresiones de Horacio no son propiamente de adulación cortesana. Son manifestaciones apenas justas de la reacción general ante el nuevo estado de cosas. Son la voz de la opinión pública. En ellas lo acompañaron Virgilio, Ovidio, todos, la sociedad entera.

(1) Vell. Patere., II, LXXXV y sigtes. Llamen especialmente la atención en Patérculo delaraciones como éstas: "citiusque vitam veniamque Caesar promisit, quam illis ut ea praecarentur persuasum est". "Victoria vero fuit clementissima; nec quisquam interemptus est; paucissimi, et hi qui deprecari quidem pro se non sustinerent. Ex qua lenitate ducis colligi potuit quem, aut initio triumphatus sui, aut in campis Philippiis, si sic licuisset, victoriae suae facturum fuerit modum". "Fuitque et fortuna et clementia Caesaris dignum quod nemo ex his, qui contra eum arma tulerant, ab eo jussuve ejus interemptus."

(2) Tac., *Annal*, I, IX, V. También Suet., *Aug.*

Pero si precisamente de lo más ajeno al carácter de Horacio fue el servilismo ante los poderosos. De origen más que humilde, hijo de un liberto (1) que entre los medios de ganar la vida ejerció el de cobrador de remates y, según parece, el de carnicero, o algo por el estilo (2), Horacio supo conquistar y cultivar la simpatía y el aprecio de los personajes más importantes con dignidad que lo enaltece mucho. No le faltaron razones para poderse jactar abiertamente de que eran ellos los que lo buscaban a él, y no él a ellos (3).

Amigo preferido de Mecenas, jamás se permitió hacerle una alabanza de sus mediocres ensayos literarios, lo que sin duda habría sido una de las lisonjas más deseadas; y en tantas frases cariñosas como le dirigió a menudo, no hay quien pueda descubrir ni la más leve sombra de una bajeza. Le agradeció como cumplía a un hombre decente el obsequio del pequeño campo de la Sabana y sus demás favores pero no se registra que le hiciera el menor halago por obtener ninguno de ellos, y el día que el protector pareció creerse con algún derecho adquirido, le escribió la epístola VII del libro I, valerosa advertencia en que compagina con habilidad exquisita su gratitud y su libertad; obra maestra de altivez, de tacto, de reconocimiento, y de composición literaria, que honra tanto al remitente por su firmeza de carácter, como al destinatario por el criterio apreciativo con que la aceptó. En ella el poeta despeja de una vez por todas su situación ante su protector, haciéndole ver que nunca ha entendido renunciar a su libertad por los beneficios recibidos, como tampoco ha de haberse los dispensado Mecenas con esa esperanza; pero que si llega el caso, él está dispuesto a sacrificarlo todo por tal de conservarla. Tema delicadísimo, mayormente habiendo sido Mecenas tan generoso, no sólo en dádivas tangibles, sino en su cariño inmaterial por el poeta.

Vale la pena un minuto de atención a esta epístola superior, inconcebible de parte de un hombre afectado de la más tenue debilidad adulatoria. Mecenas se ha quejado, tal vez en tono demasiado exigente, de que Horacio prolonga su veraneo más de lo prometido. El poeta conjura al amigo a que se lo permita si de veras se interesa por su salud (4), obligante manera de negarse; y le notifica la intención—que un cariñoso y cor-

(1) Sat., I, VI, 6 y 45|66; Epist., I, XX, 20.

(2) Suet., Vita Horatii.

(3) Carm., II, XVIII, 10|11.

(4) Versos 2|9.

tés *dulcis amice*, si concedes no hace menos resuelta— de continuar su ausencia mientras crea que así le conviene (1). Ya está sacudida la cadena. Inmediatamente principia un ágil desarrollo de fundamentos para esa actitud, en forma de historietas, que a un tiempo les infunden la viveza de lo plástico, y los suavizan trasladando lo desagradable de la situación a otros personajes; más brevemente, les dan fuerza y les quitan amargura. “Todo te lo debo, dice, pero tú sabes obsequiar sin mercificar, no como aquel calabrés cuyos regalos llevaban envuelto el desprecio” (2); la consecuencia implícita es que, agradecido como está el poeta, eso no lo somete incondicionalmente al capricho de su benefactor; y lo hábil es que ella resulta de la misma generosidad y alteza personal de Mecenas, quien sabe distinguir lo auténtico de lo falso; es decir, entiende cómo han de ser los verdaderos beneficios, y cuáles son los hombres que los merecen (3).

Situada así la cuestión en un terreno de mutua inteligencia y estima, da Horacio el paso difícil. Si a él ha de ocurrirle lo que a la vulpeja, que después de engordar no cupo por donde había pasado cuando era flaca, entonces, declara francamente, *cuncta resigno* (4). Por fortuna, Mecenas conoce y ha alabado su franqueza; sabe que es igual para proclamar su gratitud por delante y por detrás de él; puede probar a ver si su protegido es capaz de desprenderse alegremente de sus regalos (5). Pero ahora hay que limar la aspereza de estas declaraciones, hechas directamente por única vez en toda la epístola. ¿Y cómo? Citando ejemplos de otros que también tuvieron que declinar favores. Bien replicó Telémaco a cierto obsequiador: *magis apta tibi tua dona relinquam* (6); eso es lo que le quiere decir Horacio a Mecenas, pero lo pone en boca de otro a un tercero para no lastimarlo. El pregonero Volteyo Mena, más infeliz con los beneficios que le prodigó el abogado Filipo, vino a rogarle una mañana que lo restituyese a su condición de antes (7); también son palabras como de Horacio para Mecenas, pero lo mismo que en el caso anterior, están refle-

(1) Versos 10|13.

(2) 11|21.

(3) 22|28.

(4) 29|34.

(5) 37|39.

(6) 40|3.

(7) 46|95.



jadadas aparte, como en un espejo, para que se vean y no hieran.

En la moraleja del último cuento Mecenas hallará la admonición entre líneas; dice la moraleja: "Quien una vez vio cuánto aventaja lo perdido a lo ganado apresúrese a volver a lo que dejó" (1); de modo que —es lo que se puede leer entre líneas— no se exponga Mecenas, convirtiendo su asiduidad en coyunda, a que Horacio se aleje en busca de su antigua libertad; "mídase cada cual—benefactor y beneficiado— con la medida que le corresponda" (2).

Después de esta carta, yo quiero que alguien me diga si en el alma de Horacio había un soplo siquiera de servilismo.

A cuántos otros personajes, si no tan encumbrados como Mecenas, sí de reconocida importancia e influencia, no les hizo Horacio breves lecciones de conducta, que figuran entre las más encantadoras de sus poesías, y en que el libre reproche apenas iba velado por términos de buena crianza y por el arte literario de la exposición. La lista es variada: Iccio, intendente y amigo íntimo de Agripa (3); Salustio Crispo, el opulento sucesor de Mecenas en la familiaridad de Augusto (4); Quinto Delio, político intrigante y veleidoso (5); Licinio Murena, cónsul con Augusto el año 23 (6); Torcuato, abogado muy prestigioso por su familia, su elocuencia y sus riquezas (7). No cuento aquí la burlona desenvoltura de las observaciones sobre los conatos poéticos de la cohorte de Tiberio en Asia, especialmente los de Ticio y Celso, en la epístola III del libro I, a Julio Floro (8), ni las amables reconvenciones al mismo Floro por su disgusto con Munacio (9), ni la punzada a Celso (10) para prevenirlo contra el ensoberbecimiento por su exaltación a secretario de Tiberio; estos ejemplos tal vez no son bien adecuados para ilustrar el punto; aunque esos muchachos eran hijos de gente notable y ellos mismos ocupaban situaciones significativas, su juventud casi autorizaba a Hora-

(1) 96|97.

(2) 9.

(3) *Carm.*, I. XXIX), *Epíst.*, I. XII.

(4) *Carm.*, II, II.

(5) *Carm.*, II, II.

(6) *Carm.*, II, X.

(7) *Carm.*, IV, VII; *Epíst.*, I. V.

(8) *Versos* 6|20.

(9) *Ibid.*, 30|36.

(10) *Epíst.*, I. VIII, 17.

cio para hablarles como lo hizo, sin poner a prueba su independencia de carácter.

Con Augusto, a pesar de todo, Horacio llevó la reserva hasta el grado de que era el amo del mundo quien solicitaba, y él quien se hacía rogar y se negaba. En la vida atribuída a Suetonio constan los esfuerzos del emperador por atraerlo a su lado. En vano le ofreció el empleo de secretario particular. En otra ocasión se le quejó de que despreciaba su amistad. Recuérdese también el descontento del emperador por no ser su corresponsal frecuente y predilecto: "¿Es que te avergüenza ante la posteridad el parecer amigo mío?" le escribe. Sólo con esto consiguió Augusto la única epístola que Horacio le dedicó, la I del libro II, cuyo asunto revela un elegante escrúpulo por no tropezar con el escollo de la adulación. Se ve que, buscando tema para salir del compromiso, Horacio descartó la política, la historia, las reflexiones morales, todos los que pudieran prestarse al elogio del príncipe o de su gobierno y hazañas, y halló en la disertación literaria el más alejado del peligro por su completa objetividad y por no tener Augusto pretensiones en ese campo. Era muy diferente ensalzar las empresas de Augusto en odas impersonales, que en una carta directa a él. Las moderadas alabanzas que ahí le dispensa, no son más de lo exigido por la cortesía epistolar y por la lógica de la explicación que al final le hace de su renuencia a componer poemas en su honor.

En dos epístolas del libro I, la XVII, a Scaeva, y la XVIII, a Lolio, consignó Horacio su teoría de los métodos para captarse el favor de los grandes. Los consejos dados en una y otra varían en lo aplicable concretamente al estado social y a las necesidades y propósitos del destinatario, pero concuerdan en espíritu, que no va más allá de esto: portarse con la prudencia y el tino propios del hombre de buena educación. Siendo tan vidriosos el asunto, no hay sin embargo una palabra, no hay una insinuación que muestre, ni de lejos, el camino a la adulación, a la lisonja, a la actitud propiamente servil.

Scaeva parece que era un joven de posición y fortuna medianas, y quería hacerse cliente de algún rico sujeto cuyas larguezas le solventasen sus dificultades económicas y las de su familia (1). Demasiado conocida es la institución de la clientela en la antigua Roma, para que me sea necesario excusar al pobre muchacho en apuros y a Horacio ayudándole a resolver

(1) *Versos* 11|12: *Sí prodesse tuis pauloque benignus ipsum te tractare volēs.*

el problema. La constitución rígidamente aristocrática de la república, conservada en los primeros tiempos imperiales y los conceptos reinantes sobre lo vil de muchas formas de trabajo remunerador, obligaban a los jóvenes de buenas familias a acogerse a la generosidad pecuniaria, o al apoyo oficial, de un alto personaje, según necesitaran de medios desahogados, o ambicionaran cargos públicos; en cambio rendían a su patrono servicios y atenciones, de las cuales muchas no armonizan con nuestras convenciones modernas, pero entonces eran corrientes y preferibles a otros medios de adelantar en la vida. Lolio estaba en el segundo caso. Heredero de una fortuna considerable, deseaba, aunque su padre había sido cónsul (1), penetrar en el círculo de algún influyente que le pudiera acelerar los ascensos en las dignidades públicas.

Las recomendaciones específicas a Scaeva no aparecen sino hasta el verso 43, ya al terminarse la epístola, después de consideraciones generales sobre si es conveniente, y cuán difícil es cultivar las amistades poderosas. No ser impertinente no pedir con la avidez del cuervo que se lanza sobre su presa, no exagerar las lamentaciones como las meretrices o como los mendigos que se fingen baldados; en suma, no rebajarse, *atqui rerum caput hoc erat, hic fons* (2). Con Lolio, el consejero habla más despacio, desde el principio de la carta, respecto a los puntos particulares de su caso. Si al anterior había que retenerlo, éste lo que necesita es un poco de flexibilidad. Huyendo de la adulación, no caer tampoco en el vicio contrario, casi más peligroso, de mostrarse grosero; no pretender emular al patrono en el tren de vida; callar sus confidencias; no averiguar sus secretos (3); mirar lo que se habla y con quién; no exhibir las propias pasiones; ser muy cauto en recomendar a otros (4); y varias advertencias detalladas (5), que se resumen en aprender a sacrificar los propios gustos a las aficiones del gran señor. Difícil tarea, pero por eso los que la conocen, la temen (6). Ya al acabar, del verso 95 (7) en adelante, enfoca la cues-

(1) *Carm.*, IV, IX, 39.

(2) XVII, 45.

(3) XVIII, 1|38.

(4) *Ibid.*, 68|85.

(5) Versos 39|66 y 89|94.

(6) Versos 86|87.

(7) Según algunas ediciones, sería 96; pero yo no admito el verso *potores bíbuli media de nocte Falerni*, que varios manuscritos — no el códice arquetipo — traen después del 90; me parece ca-

ción en conjunto, y viene a parar al mismo pensamiento de donde partió en la epístola a Scaeva: por mucho que valga a la amistad de los poderosos, siempre está mejor el que pasa inadvertido (1).

No se dirá que éstas sean enseñanzas de un cortesano.

JOSE MARIA RESTREPO MILLAN  
Doctor en Filosofía y Letras de este  
Colegio Real Mayor.

si evidentemente interpolado. En primer lugar, ese *potores bíbuli* se me hace un pleonasma ripioso, muy ajeno al estilo de Horacio. En segundo lugar, *bíbuli media de nocte Falerni* me da un sonsonete sospechoso con el verso 33 de la epístola XIV *quem bíbulum líquidi media de luce Falerni*; posiblemente algún copista que saltaría de memoria por lo menos partes de las epístolas, y escribiría sin mirar mucho el original, fiándose de sus recuerdos, al llegar al verso siguiente que empieza *potores porrecta*, sufrió una doble asociación subconsciente, de significado entre *potores* y *bíbulum*, y de forma entre *bíbulum* y *líquidi*, y puso *potores bíbuli*, lo que le daba sentido y medida, y luego equivocó *luce* con *nocte*, por la oposición paralela de las dos frases hechas latinas *media de nocte* y *media de luce*. Por último, el movimiento del período desde su principio es el de grupos uniformes de sujeto plural y acusativo singular sin modificativos que restrinjan lo universal del sentido de cada uno ni lo coloreen en manera alguna, y colgados todos del verbo común expresado a la cabeza, así:

*Oderunt hilarem tristes, tristemque jocosí,  
sedatum celeres, agilem gnavamque remissi;*

lo natural es que siga en el mismo estilo:

*potores porrecta negantem pocula,*

y no que se atravesase un grupo completamente nuevo con el sujeto calificado por adjetivo y modificado por frase circunstancial, y con repetición inútil del verbo:

*Potores bíbuli media de nocte Falerni  
oderunt porrecta negantem pocula*

Además, si se viene hablando en general, ¿por qué han de ser los que beben a media noche únicamente quienes detesten al que rechaza la copa? Seguramente los bebedores de día serán más tolerantes!

(1) XVII, 10; XVIII, 101|2.